

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 23 OCTUBRE 1897. NÚM. 43

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—

Atrasado, 10.—Corresponsales, 20 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN.

Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

ALMAS MUERTAS

Hay en España hombres que, llamándose liberales, hablan de la posibilidad del triunfo de don Carlos y comentan las palabras de éste, que dice querer inaugurar en España un régimen de justicia.

La política de la restauración ha sido una política de aventureros. Los tráfugas de todos los campos, los escritores venales, los oradores mercenarios, los estadistas sin ideas, acudieron todos á alistarse bajo las banderas de Cánovas ó Sagasta, ansiosos de botín. Pero aunque la presa era importante, pues presa ha sido del apetito de los restauradores dinásticos la nación entera, en el banquete del presupuesto no ha habido asiento para todos, y los postergados, los despechados, los que perdieron ya la esperanza de ser ministros ó de volver á serlo, poseídos por negro pesimismo, profetizan los mayores males para lo existente y no ven el remedio en el esplendente amanecer de la república vencedora, si no en la vuelta á la lóbrega noche del absolutismo.

Esos hombres que así se expresan son las almas muertas, las almas corrompidas, los corazones petrificados, que no supieron latir á otro sentimiento que el del egoísmo, que jamás sintieron el entusiasmo de los ideales generosos, y que desahuciada su ambición por la monarquía imperante, sueñan en la posibilidad del carlismo, al que ofrecerían sus servicios.

Sí, España está necesitada de justicia y moralidad; pero si estas son un mito en la monarquía constitucional con sus garantías y responsabilidades, ¿cómo pueden encontrarse en el régimen absoluto, donde toda la nación depende del capricho de un hombre irresponsable, que reina, no por la voluntad nacional, sino apoyándose en la farsa del derecho divino?

Insigne locura resulta hablar de justicia relacionándola con la monarquía absoluta, que es todo lo contrario, pues no tiene más ley que el capricho regio y los intereses egoístas de determinadas castas.

Se necesita desconocer la historia para mentir tan descaradamente. ¿Dónde están los actos de justicia en el reinado, por ejemplo, de Felipe II, que fué el más notable de los reyes absolutos, el patrón al que han querido amoldarse todos los déspotas sin llegar jamás á la tétrica sublimidad de aquel malvado eminente, al que con justicia llamaban *el demonio del mediodía*? En su reinado sólo se ven asesinatos cometidos por regia conveniencia y disfrazados con la sutil razón de Estado; exterminio de pueblos enteros; empresas aventuradas, en las que se desangraba la nación y

que ésta odiaba, teniendo que sufrirlas por faltarla medios para expresar su voluntad.

Esto en el reinado del más notable de los reyes absolutos; que si examináramos el gobierno de los decadentes Austrias y los primeros Borbones, mezquinos todos é impotentes hasta para ser tiranos con dignidad, habría que apartar la mirada con asco, viendo hasta dónde llegaron los privilegios, las injusticias y la impunidad de los ladrones, con tal que éstos fuesen afectos al rey.

Sólo en una nación desgraciada como España pueden existir aún seres que transijan con la posibilidad del restablecimiento del absolutismo y se expresen así, no por entusiasmo carlista, sino por odio contra lo existente. Esos mismos son los que dicen que los carlistas resultan por su patriotismo una solución para los conflictos porque actualmente pasa España.

¿Dónde está ese patriotismo? Hasta en esto el carlista resulta muy por bajo de todos los hombres; hasta de los anarquistas. El anarquista niega la patria, no la reconoce ni cree en ella; pero el carlista, que la tiene á todas horas en los labios, aprovecha sus mayores apuros para atentar contra ella, poniéndola en peligro.

Cuando en la guerra de Marruecos España entera estaba pendiente de la suerte de nuestras armas, no vacilaron los carlistas en intentar la sublevación del ejército en San Carlos de la Rápita; cuando en el período revolucionario teníamos guerra en Cuba, sublevándose ellos en la Península impidieron que nuestros gobiernos enviasen allá las tropas necesarias para acabar en pocos meses la insurrección, resultando de ello que la guerra separatista echó hondas raíces, que son las que ahora han retoñado. Tal vez la principal responsabilidad de la presente guerra de Cuba corresponde al carlismo.

¡Oh el patriotismo de los carlistas! ¡El españolismo de los Borbones! Sólo riendo con amarga ironía puede decirse esto.

El carlismo no aspira á ser más que una continuación del reinado de Fernando VII, volviendo España al ser y estado que tenía á la muerte de aquel rey fatal, como si aquí no hubiesen existido revoluciones y la libertad no estuviera bautizada y ungida con la sangre de muchos mártires.

Hermoso patriotismo el de Fernando VII. Cuando toda la nación le aclamaba llamándolo *el Deseado*, cedía su trono á Napoleón y le adulaba con una vileza que causaba náuseas al gran conquistador; cuando el pueblo en armas moría en las calles y en los montes al grito de ¡viva España!, el infame Borbón felicitaba al emperador por las grandes derrotas que las tropas francesas nos hacían sufrir; al regresar á España demostró su gratitud al ejército que le había dado una corona, disolviéndolo en su mayor parte y dejando que los gloriosos veteranos de la Independencia murieran de hambre mientras él repartía el dinero de la nación entre monjas, frailes, inquisidores y toreros; dejó que se perdieran los inmensos virreinos de América por haber privado á la nación de los aguerridos ejércitos que tenía al terminar la lucha con Francia; y si realmente fuese cierto, como dicen los reaccionarios, que la sublevación de Riego y la revolución del 20 impidieron á Fernando VII combatir el separatismo americano, ¿por qué tres años después, cuando se vió de nuevo monarca absoluto, no se ocupó para nada de la reconquista americana y únicamente se preocupó de restablecer el santo oficio y

ahorcar liberales? Hace tiempo que España está en el secreto de lo que es el patriotismo de los Borbones.

La nación ha pasado en menos de un siglo por grandes revoluciones: en 1873 los manejos de la reacción nos habían dejado con tres guerras, sin un céntimo en el tesoro ni un soldado disciplinado, y, sin embargo, ninguna nación osó insultarnos como ahora los Estados Unidos, ni se perdió una sola pulgada del territorio nacional, tan amenazado en el presente.

En cambio, cuando nos gobernaban los reyes de derecho divino, los Borbones patriotas, los abuelos de esos que actualmente consideran á España como una finca que pueden dejarse en pleito armado con todos los millones de siervos que la pueblan, entonces perdimos la Florida; perdimos en Europa los últimos territorios que nos quedaban como recuerdo de los conquistadores tercios; perdimos una cuarta parte de la tierra desde Tejas al cabo de Hornos, y hasta perdimos la honra, que todavía no hemos recobrado, dejando que por la cobardía de un Borbón se izara el pabellón inglés en el Estrecho de Gibraltar sobre tierra española.

Sólo explotando la vergonzosa ignorancia de nuestro pueblo puede decirse que la monarquía, y más aún el absolutismo, representan en España el interés patriótico.

¡Miserables aventureros, faltos de conciencia; almas muertas incapaces de vibrar á ningún sentimiento generoso; podredumbre de esa política de rapiña y medro que hace tiempo nos domina! Sólo vosotros podéis ver una solución en el carlismo.

La nación laboriosa é ilustrada que vive de su trabajo y desea gobernarse por sí misma, ya que por ella se cubren los gastos del Estado, esa jamás será carlista.

Donde ella se incline irá el triunfo, y esa parte de la nación que sólo considera lo existente como un momento de transición, como un punto de descanso, ve el porvenir en la República, que es la paz; la patria tranquila y próspera; la verdadera é inmutable personificación de la justicia.

BLASCO IBÁÑEZ

Á LO PRÁCTICO

Hay que acabar con el carlismo de esta vez. De nada serviría vencerlo como lo hemos vencido siempre, sino sabemos aprovechar la victoria para aniquilarle, reduciéndole á la nulidad y la impotencia para que no pueda promover ya más rebeliones, nuevas guerras y dar al mundo el triste espectáculo de sangre, horrores y devastaciones que ofrece España cuando esos salvajes de la civilización se echan al campo.

Hace más de 50 años que el carlismo se declaró en abierta hostilidad contra la patria, y en ese largo período no ha dejado de ser una rémora de todo progreso, un obstáculo para el orden y la paz, un peligro para la civilización.

Vencido en todas partes, ese partido de aventureros, criminales y fanáticos ha vuelto á rebelarse una y cien veces explotando la ignorancia de las masas y los errores de los gobiernos, y, lo que es más infame todavía, aprovechando las desgracias de la patria y los momentos en que el ejército está en lucha, ya con Marruecos, ya con las colonias.

Porque ese partido ha sido siempre, y hoy lo es más que nunca, refractario á toda idea de patriotismo y lealtad, á todo sentimiento digno y noble. Encastillado en las montañas

Ayuntamiento de Madrid

vascas y en las de Cataluña, donde predomina la influencia clerical, vive constantemente en hostilidad contra el poder público y dispuesto á empuñar las armas, no en defensa de una idea política, sino obedeciendo á sus hábitos y tendencias invasoras, criminales.

Por esto, la guerra carlista hay que considerarla en cierto modo como una guerra extranjera, no ya sólo porque el Pretendiente no ha nacido en España y se rodea de aventureros de todas las naciones, si no porque la mayoría de los que la sostienen, gentes rudas é ignorantes, hasta del lenguaje hacen motivo de separación y de odio.

Y como en las guerras extranjeras cada una de las partes beligerantes espera, si triunfa, que el enemigo la indemnice de los perjuicios y daños que la guerra le ha ocasionado, los carlistas deben ahora pagar todos los gastos de la guerra.

Por esto conviene que los liberales vayan desde luego poniendo en relación á todos los individuos reconocidamente carlistas. Esto facilitará mucho el reparto equitativo de la indemnización cuando llegue el caso.

EL QUEMADERO

«Ayer fueron destruidos en el quemadero municipal más de cien kilos de carne y otros tantos de pescado que se hallaban en malas condiciones para el consumo.»

¡El quemadero! ¡Qué visiones de riqueza y de gloria no despierta esta palabra en la fantasía de todo español puro y neto! ¡Qué visiones!

Primero es la solemne procesión; el estandarte verde de la fe llevado entre cirios y partesanas por un grande de España; buen golpe de robustos dominicos rezando por lo bajo temerosos responsos; el rebaño de los condenados vestida la hopa simbólica de diablos y llamas.

Luego la Plaza Mayor vistosamente engalanada para la fiesta; las tribunas elevadas para los santos inquisidores, los balcones adornados de brillantes colgaduras, formando el concurso por la flor de la hermosura y de la gallardía y el rey católico presidiendo el acto rodeado de toda su corte.

Y en fin, allá en las afueras, cerca de las puertas que dan acceso á la villa, un recinto circundado por centinelas, una gran pira de leña seca, los cuerpos de los herejes sujetos sobre la pira, el humo que se eleva, la llama que surge, el cuerpo humano que se retuerce en espantosas convulsiones, el alarido que arranca un suplicio sin nombre, el olor de la carne que arde, el chisporroteo del brasero que lentamente se consume, mientras la plebe devota, llena de hambre y de fe, pulula en torno, mal contenida por los cintarazos de los esbirros, acompañando con dicharachos y cuchufletas los tormentos y la agonía de los supliciados.

¡Ah! ¡Aquello sí que era serio! ¡Aquello sí que era grande!

Y ahora ¡qué decadencia! No es el cuidado de las almas el que inspira á la autoridad, si no la solicitud por los intereses perecederos de la salud del vecindario. No es el Santo Oficio quien juzga y condena, sino un teniente de alcaldía celoso á intervalos. No son el rey y la corte y los grandes y las damas y el pueblo todo los que concurren al acto, sino unos cuantos dependientes subalternos del municipio. No es la herejía en persona la que se quema en la hoguera, sino un poco de carne averiada ó de pescado descompuesto. Del quemadero de antaño al quemadero de ahora va toda la distancia que separa la grande España del pasado de la pequeña del presente.

Poco importaba á nuestros antepasados comer porquería. Sabían ellos que la fragil y corruptible envoltura mortal del alma que no muere, no merece atención ni cuidados. Hasta el aseo era por aquel entonces sospechoso y el olor á limpieza distaba mucho del olor á santidad. Por eso el microbio se cebaba cruelmente

en aquellas generaciones místicas. ¡Ah! pero en cambio ¡qué celo! ¡qué ardor cuando se trataba de la limpieza del alma! ¡Qué minuciosa solicitud para espulgar la conciencia ajena! ¡Qué implacable energía para destruir los focos de la peste herética y evitar la propagación y el contagio!

Ahora es lo contrario. Se teme más á la ténia que al error y más á la triquina que al pecado. Se emplea el fuego purificador en aniquilar el germen morbo que amenaza la salud del cuerpo. Hombres *ad hoc*, provistos de microscopios y reactivos, examinan manjares y bebidas en busca del microorganismo patógeno ó de la sofisticación nociva. Y en tanto la ponzoña moral circula libremente, la atmósfera se carga de herejías, la epidemia del descreimiento cunde y se propaga entre las almas, y no hay en toda la haz de la Península una mala fogata de sarmientos en que tostar á un ateo.

Por dicha, mal tan hondo no puede ser duradero. Escrito está que no prevalecerán las puertas del infierno. Ya el propio liberalismo, espantado de su obra, comienza á perseguir la ideas. El alto espíritu de Torquemada late siempre en el fondo de nuestro genio nacional. Los partidarios de nuestro glorioso pasado se aprestan al combate. Esperemos; que no ha de transcurrir mucho tiempo sin que podamos contemplar beatamente á la llama purificadora devorando cuerpos de herejes, en vez de emplearse en reducir á cenizas sardinas putrefactas ó chorizos de jumento. Aquel día, la patria volverá á ser grande... á su modo.

ALFREDO CALDERÓN.

CONSEJOS DE AMIGO

Sin que lo juremos puede creerse que no sufrimos la obsesión del carlismo. Lo veríamos, cosa casi imposible, instalando á su rey bufo en el palacio de Oriente por un cúmulo inmenso de traiciones, y todavía confiaríamos en que hasta las piedras del edificio, al sentirse deshonradas por su planta, se habían de levantar sepultando entre sus escombros á los sicarios del absolutismo.

Queremos decir con esto, que el triunfo del carlismo es por nosotros considerado como imposible, que no en vano el progreso es una verdad, que no en vano se ha derramado tanta sangre generosa para afianzar la libertad y la civilización en los pueblos.

Crear lo contrario, admitir la posibilidad de que el carlismo pudiera, al amparo del poder, ni pasajeramente siquiera, realizar su obra nefanda de venganzas y exterminio, sería negar la lógica, borrar la historia, creer que es imposible el imperio del absurdo, contemporizar aunque no más que mentalmente fuese, con la contingencia de que pueda gobernar á un pueblo libre una cuadrilla de bandoleros.

No; el carlismo no nos intimida como elemento capacitado para ser poder. Nos preocupa é interesa tan solo, en cuanto constituye una amenaza para la paz pública, para el decoro nacional y para la tranquilidad de los hogares honrados.

Hemos de estar con respecto al carlismo, como con respecto al bandido que tras un recodo del camino, al cubrir el cielo las sombras ó cuando comienza á apuntar el día, puede de improviso salir y asaltarnos. Hemos de estar prevenidos y vivir apercibidos.

Las circunstancias favorecen á los secuaces de don Carlos. Dos guerras terribles han alejado de nuestro suelo á la juventud que pudiera ser valladar contra los embates de la reacción; hay mucha ignorancia en los pueblos merced á los gobiernos monárquicos que, no fiando su vida á la opinión sino á la fuerza, nos han mantenido en estado de obscuridad; cada cura, y esto lo demuestra la guerra pasada, es un confidente del carlismo; cada iglesia es para ellos una madriguera; cada campanario una to-

rre de vigía; hay además miseria y malestar muy hondos en el pueblo.

Los carlistas tienen también dinero. Sus prohombres lo dan con facilidad á manos llenas; como que les cuesta poco adquirirlo. Además ahí está el cepillo que recoge las limosnas de los cándidos fieles, y que si á mano viene se roba, haciendo así una jugada de doble efecto. Se quedan los carlistas con los cuartos y achacan el robo á los liberales y á los librepensadores, concitando contra ellos el furor de los fanáticos. De estos ejemplos está llena la historia de las guerras civiles por los carlistas promovidas.

No extrañen, pues, nuestros amigos que consideremos al carlismo, que merced al favor oficial y á los halagos del poder se muestra muy bravucón y envalentado, como una amenaza, como un peligro, como un elemento disolvente dentro de esta perturbada nación española, y contra el cual hay que estar muy prevenidos.

Los carlistas no descansan. Han olido con su fino olfato de carniceros que va á haber pronto carne muerta, y se aperciben á atrapar la presa.

Por las rendijas de las ventanas de sus antros, la luz los denuncia despiertos á altas horas de la noche; en esta provincia, como en todas, celebran reuniones sospechosas en casas apartadas de poblado. Nosotros hemos visto entrar en ellas á personajes siniestros, sin que faltase el cura con su sotana.

No hace muchos días, á un individuo que pertenece á cierta fuerza armada le oímos decir que «pronto llegaría la hora, y que así lo había dicho el rector» de cierto pueblo que nombró.

Los que nos llamamos liberales, los que no estamos dispuestos á tolerar que de nuevo los carlistas siembren la muerte, la desolación y la ruina por el suelo de la patria, debemos vivir ojo avizor y arma al brazo, si no queremos vernos azotados por una nueva guerra civil.

Las Juntas Municipales de fusión republicana, si quieren cumplir bien con su misión, tienen doble trabajo que hacer. Aparte de fomentar nuestra organización para robustecer nuestro ejército, se han de constituir en vigilantes perspicaces é infatigables de los carlistas y sus manejos.

Esta organización especial se ha creado en Valencia, y gracias á ella, si los carlistas se lanzaran á una nueva intentona, los pechos de los liberales se les opondrían al punto, ahogándola al nacer.

Penétrese nuestros correligionarios de que, no sólo debemos sacrificarlo todo á implantar la libertad en España, si que también nos toca estar prevenidos hoy contra los que quisieran atentar contra los pocos derechos democráticos que la reacción monárquica ha respetado.

Va expresado en estas líneas nuestro leal consejo de amigo, y va también en ellas nuestra contestación á las procacidades carlistas que de modo tan directo se nos han dirigido.

(La Autonomía, Reus.)

SUSCRIPCIÓN PARA PUBLICAR

LOS FOLLETOS *Los Crímenes del Carlismo*.

Madrid.—Esteban Arceda. Para folletos.	5
Paris.—F. Ferrer.....	125
Calatayud.—Inigo Lozano, en nombre de varios republicanos.....	50
Idem.—Secundino Palacios. Año de suscripción.....	6
Mondariz.—Emilio Pardo. Para folletos.	15
Cáceres.—Juan Becerra. Año de suscripción.....	6
La Coruña.—Segundo Moreno Barcia. Para que las aplique á voluntad.....	20
Valladolid.—Lorenzo Bernal. Para coadyuvar á la publicación de los folletos.....	40
Villarreal.—Manuel Notari. Para suscripción y folletos.....	25
Ciudadela.—José Juaneda Pons. Para la impresión de los folletos.....	8
Castellar de Santiago.—Juan Manuel Cano. Año adelantado.....	6
Fuente Palmera.—Manuel Urban. Suscripción y folletos.....	40

Barcelona.—Juventud federal propagandista de Barcelona. Para ayudar á la impresión de los folletos..... 5
Idem.—E. Albas. Para lo mismo..... 1'60
Para folletos..... 5'40
Peñarroya (Minas del Terrible).—Miguel González, 1 pts.; Francisca Marrupe, 0'25; Paca, Dolores y Manuel, á 0'25, 0'75. Total..... 2

(Se continuara).

¡ARRIBA LAS UNAS!

Hay que insistir un día y otro día en la campaña contra los carlistas.

Son hoy el mayor peligro para la patria, la más deshonrosa vergüenza porque aquella puede pasar, y contra ellos todo está bien con tal que les cause daño; todos los procedimientos resultan legítimos para exterminar el carlismo. Nadie pensó jamás en legislar sobre la casa de fieras.

Desde que terminó la segunda guerra civil, nunca se ha mostrado el carlismo tan audaz é insolente como en estos momentos. Se entran fusiles por costas y fronteras, los papelotes del partido animan á los parciales anunciando la proximidad del levantamiento, y Llorens, el ministro de la Guerra de ese tuno que tiene su madriguera en Venecia, afirma en Bilbao que su rey de copas no tardará en gritar: ¡Arriba mis batallones!

Si... ¡arriba para robar! ¡arriba para correr con los pantalones húmedos! ¡arriba para asesinar seres indefensos en nombre de una religión á la que habéis deshonrado y de la que sois los principales enemigos, pues nadie como vosotros la ha desacreditado en España!

Ese que llamáis vuestro rey no es más que el aventurero ingerto de bandido y de imbécil que Daudet retrató con pocas pinceladas en el fondo de su novela *Los reyes en el destierro*; y vosotros, héroes de escapulario y trabuco, no sois más que los herederos de aquel bandidaje de camino real que se extinguió en tiempos de Fernando VII; sois fieras que para dar expansión á vuestros instintos sanguinarios é influidos por la anulación de la dignidad y la inteligencia, os acojéis á una bandera absurda de la que se rie el mundo, pero que os sirve para ocultar vuestros atentados.

No todos sois monstruos; hay entre vosotros algunos hombres honrados confundidos en tan mala compañía por error ó por fanatismo; pero ¿qué significa esto? ¿Acaso justifica algo? También con José María y Jaime el Barbudo iban padres de familia que ejerciendo de bandidos se tenían por hombres honrados sólo porque no eran sus manos, sino las de los compañeros, las que cometían los crímenes.

Esos hombres honrados que por equivocación han sido carlistas, son los que cuando han perdido su ceguera, mejor han descrito lo que es ese partido y las fechorías cometidas por él.

PAPELES CANTAN

Para comprobar lo que dice *El Pueblo de Valencia* en el anterior artículo, pues suyo es, alla van unos cuantos datos que figurarán en el *Folleto 26*.

«Uno de los lemas del trapo sucio á que llaman bandera los carlistas, es el de la moralidad.

Ya hemos expuesto algunas de las horribles mutilaciones que le hicieron á esa buena señora durante la última guerra el *Chapa* y consortes. Y las que expondremos.

Veamos ahora cómo la trataban aquellos otros bandidos, va casi legendarios, que capitaneaba el estúpido Carlos V, para que nadie dude en adelante de lo que sería España en manos de los tales.

Hallándose don Carlos en Portugal, nombró ministro universal suyo al obispo de León, Abarca.

De la administración de este buen prelado se puede juzgar por el siguiente párrafo de un testigo presencial de lo que allí ocurría, quién, después de lamentar que se vendiesen los destinos en la Corte de don Carlos, dándolos á hombres por lo general ineptos y siempre de muy dudosa moralidad, dice:

«Un batallón como de quinientas plazas y muchos oficiales sueltos que se habían refugiado en Portugal, sufrían las mayores privaciones por que nada se les daba, y llegaron hasta el extremo de verse en la necesidad de salir por las noches al campo á recoger de las huertas algunas patatas ó legumbres para aplacar el hambre. Este hurto, necesario, les costaba reñidos choques con los portugueses, que se ponían en alarma desde el momento que los españoles entraban en alguna población.»

«Ni á don Carlos—sigue diciendo el testigo—ni á su ministro universal se les ocurría un medio para salir de tan penoso estado, y las más prudentes y leales reflexiones no servían sino para promover rivalidades y enconados resentimientos.»

¿Qué medios habían de ocurrírseles, si ellos eran los primeros fautores en aquel desorden?

Las diputaciones forales, encargadas de la recaudación, no se descuidaban; pero los soldados carlistas llegaron en alguna ocasión, según la frase de uno de sus jefes, á *rabiar de hambre*.

En cambio, véase lo que dice nada menos que el secretario del jefe de E. M. general carlista, don Manuel Lassala:

«El real seguía invariable en su desacertada conducta; oraciones, novenas, y una rígida preparación para la cuaresma, eran sus asiduas ocupaciones; ningún recurso se procuraba al necesitado ejército, al mismo tiempo que el palacio de don Carlos y su servidumbre aumentaban más y más en *superfluos é irritantes gastos*.»

¿Qué tal? Si llega á triunfar el Carlos V. aun cuando no hubiera sido más que por un mes, hace lo que más tarde hubiera hecho el VII, si está en Madrid durante ocho días siquiera: comerse hasta las piedras del palacio de Oriente.

Encausado el cabecilla Sobrevias por los suyos, se llevó á la sumaria una carta del mismo dirigida al comandante Grau, pidiéndole *quinientas onzas de oro* para librarle de las muchas acusaciones que sobre él pesaban, fundando la seguridad de conseguirlo en la escasez de dinero que experimentaba el comandante general del campo carlista.

De modo que, según Sobrevias, el estado mayor del ejército carlista en Cataluña era una cuadrilla de saltadores.

Visto y conforme.

Urbiztondo, en la exposición citada en el *Folleto 23*, decía á don Carlos:

«...dieron principio á una guerra que por donde marchaba iba dejando los vestigios de la desolación y el espanto, viendo los pacíficos *una cuadrilla de agresores sedientos principalmente de dinero*, que disponían de sus vidas y haciendas con *el puñal del foragido*, teniendo la sacrilega osadía de proferir el nombre augusta de V. M. al tiempo de perpetrar *los delitos más enormes y horrorosos*.

«...para hacer presente á V. M. que los veintitrés batallones que, según los partes, existían en Cataluña antes de mi llegada, fueron soñados en el delirio del engaño; que el famoso tren de artillería, sólo estuvo en los parques de la imaginación; que el espíritu público, animado por nobles y heroicos estímulos en favor de V. R. M., lo amortiguó ó extinguió la ambición desmedida ó el sistema ominoso del desorden; que los valientes caudillos de la restauración, *sólo lo han sido de crímenes*; que los soldados agueridos y disciplinados son hombres acostumbrados á vivir sin Dios, sin rey y sin patria».

«No me hace renunciar á la esperanza el sentido en que están los batallones, la poca fuerza de los mismos ni el estado inmoral y relajado de la disciplina; *la falta de subsistencia y de dinero* es la que desconcierta mis planes, pasando por el dolor de ver sacrificados los pueblos, *sin que los resultados de esfuerzos tan costosos y violentos tengan entrada ni en los almacenes ni en tesorería*.»

«Me lamento, señor, del mal arreglo en los ramos administrativos, y *que el fraude, monopolio y agiotaje* se miren del mismo modo que si fuera especulaciones de lícito comercio.»

«La Junta superior pasa su tiempo en vanas é insignificantes discusiones; los recaudadores ó comisionados sólo se han propuesto *labrar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos*, y las justicias y ayuntamientos el defender sus bienes de los ataques de la contribución, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. *No hay una idea, señor, de desorden tan escandaloso*. En el mes de Julio último se han extraído CUARENTA Y OCHO MIL raciones de víveres y MÁS DE DOS MILLONES de reales, y en este mismo mes NO HAN PODIDO COMER seis mil hombres, ni ser asistidos con un tercio de paga.»

¡Pero este Urbiztondo, dirá el lector, era un hombre honrado, un militar serio y digno, una person

decente! Si; por eso no se le hizo caso; por eso precisamente perdió las simpatías de la Corte y concitó los odios de sus correligionarios, que intentaron asesinarle. Sin embargo, no hubo realista más convencido ni más leal entre todos.

LOS CARLISTAS CALIFICADOS POR LOS

CARLISTAS

LADRONES, COCHINOS, CARIBES

Nos limitamos á copiar.

Párrafos de una comunicación de don Gaspar Diaz Labandero, intendente carlista, al general Urbiztondo:

«Berga, 31 de Julio de 1837. Armese usted de paciencia, querido general; por el contenido de su muy apreciable del 29 del actual, y la conducta observada posteriormente por LOS VANDALOS con quienes por precisión tiene usted que operar, me convenzo etc...»

«Nada sirve dictar providencias para que la recaudación se haga conforme á instrucciones vigentes y que los fondos todos entren en una tesorería para su distribución justa y arreglada, pues los *jefes principales* continúan en sus rancias é inalterables costumbres, AGARRANDO CUANTO se les pone por delante...»

«Le aseguro á usted, mi querido don Antonio, que cada día *estoy más escandalizado y aturdido del modo TAN COCHINO DE ROBAR QUE TIENEN ESTOS CARIBES*.»

LA HONRADA ADMINISTRACIÓN CARLISTA

«Solamente en la quinta que ha corrido á cargo del coronel de lanceros de Tortosa, don Pedro Beltrán, ha producido el monopolio SUMAS INMENSAS, de las que no ha dado cuenta, ni esperanzas de que les dé.»

Así decía el presidente de la Junta gubernativa del Maestrazgo, conde de Cirat, en carta dirigida á su amigo don Pedro Alcántara Diaz de Labandero, refiriéndose á los actos de verdadero vandalismo, de que hay testimonios á centenares, según el historiador Pirala, en el campo carlista.

«Estoy persuadido, decía el mismo presidente en otra carta á don José Villavicencio, y refiriéndose á la incursión hecha á la ribera del Jucar, estoy persuadido no se invertirán bien estos caudales, que bien invertidos habría para pagar el ejército y comprar fusiles.»

La Junta estaba sin un real, porque todos los jefes se creían autorizados á hacer pedidos y exacciones, y en cuanto sabía que cualquier administrador había recaudado algo, se lo exigía con cualquier pretexto, y si no entregaba la cantidad pedida, se le reducía á prisión.

«Si con mano fuerte no se obliga á cada uno á que cumpla con su deber, nunca habrá orden» añadía el referido presidente, conde de Cirat.

Todos estos eran clamores en el desierto, porque Cabrera, no sólo consentía estas dilapidaciones, sino que desterraba á los miembros de la Junta carlista que se permitían censurarlas; y don Carlos, á quien acudió la Junta presentando su dimisión, contestaba que siguieran en sus puestos sin parar mientes en lo que sucedía, porque *«el estado de guerra es el desorden»*, y que eran menos graves los males que denunciaban, aun siendo insoportables, *que los bienes que producía al ejército*.»

Mejor idea de la guerra y de la administración no la hubiese tenido Jaime el Barbudo.

LA HONRADEZ DEL CARLISMO

Consecuentes con nuestro sistema de no aprovechar más que aquellos hechos desmostrados y los testimonios irrefutables, vamos á ofrecer una nueva muestra de lo que era la honradez carlista, con párrafos de documentos procedentes de ellos mismos.

Debe advertirse que la mayor dificultad con que se tropieza al tratar de referir los crímenes de los carlistas es la elección, porque todos son á cual más horribles, y si hubiéramos de referirlos todos, no tendríamos tiempo en toda nuestra vida, por larga que fuese, y aun economizando palabras.

De una carta de Samsó, caracterizado carlista, á Mr. Julio Colinot, entresacamos lo siguiente para edificación de los lectores.

«...No puedo prescindir al poner en conocimiento de usted el mal comportamiento de las tropas navarras en este Principado (la carta está fechada en un pueblo de Cataluña), que el desgraciado estado á que nos hallamos reducidos, es capaz por sí y sin otras derrotas, de aniquilar á los defensores de la legitimidad en Cataluña. *Robos continuos, vejaciones crueles y tropelias inauditas*; esto y algo más, amigo, es lo que están causando en todo el suelo que pisan.»

Por aquí se puede formar idea de las suaves formas y procedimientos que empleaban los agentes de don Carlos para recaudar impuestos.

Véase ahora una muestra de cómo aplicaban los recursos del Erario:

«La desnudez y miseria en que tiene el señor Guer-

qué á los navarros, es otro motivo de descontento, siendo así que las muchas cantidades que ha percibido y las considerables exacciones de multas y contribuciones, deberían al parecer acallar los compasivos clamores de tantos oficiales y tropa que no perciben un cuarto para su manutención, ni pueden lograr un vestido con que cubrir su miseria. Todo esto es público.

Y con lo dicho basta por hoy para demostrar que, si como asesinos eran los carlistas de la primera guerra un prodigio, cual después lo fueron los de la segunda, como ladrones no había nada que pedirles ni á los unos ni á los otros.

¡Valientes salvadores se iba á echar España con tales bandidos!

¡BIEN POR OVIEDO!

Los concejales carlistas de Oviedo, apoyados por algunos conservadores, acordaron que al invitar para los funerales que iban á celebrarse en sufragio de las víctimas que los carlistas hicieron hace 61 años, se expresase que era por «las víctimas de las discordias civiles».

Escandalizados los liberales de aquella ciudad, dirigieron el siguiente telegrama de protesta al general Canella, como descendiente del don Antonio Canella que defendió heroicamente la ciudad contra los carlistas:

«Los liberales todos protestan y piden que los militares excusen su asistencia. Telegrafian á Madrid, esperan que usted proteste y participe al Gobierno el amaño de los carlistas».

El general Canella contestó en estos términos.

«Como asturiano y ovetense deploro acuerdo Ayuntamiento dirigido por carlista Vallado, al parecer al servicio de Canillejas, representante de la reacción. Como heredero de Antonio Canella ruego liberales amigos dejen asistir acto anunciado por Vallado, según entérome por telegramas. Respondo familias liberales muertos en defensa libertad dinastía haremos los sufragios y honores á que son acreedores aquellos mártires de la libertad.—Borja Canella.»

A pesar de esto, tan envalentonados están hoy los herederos de los asesinos de nuestros padres y hermanos, que el día 20 se atrevieron á intentar poner en práctica el acuerdo.

Y se encontraron con que las autoridades no concurrirían, el ejército tampoco, y el pueblo les propinó una silba monumental, precursora de la de balazos que les administrará el día que se presente la ocasión.

El alcalde interino, un tal Vallado, carca él, al advertir que empezaban las bofetadas y los palos, imitó á su amo en Oroquieta, é hizo mutis por el foro.

Otros dos valerosos concejales carcas se acogieron á sagrado, por no perder la antigua costumbre de los criminales.

Los patriotas, parientes de las víctimas, sin distinción de partidos celebraron solemne misa en el templo de San Tirso, dedicada á la memoria de los leales, y estuvo concurridísima.

A la salida se organizó una manifestación, presidida por el señor Longoria, exalcalde conservador, que llevaba una corona negra con cintas de los colores nacionales. En la manifestación iban hombres y mujeres de todas las clases sociales.

Los manifestantes se dirigieron al Ayuntamiento, donde pronunciaron discursos los señores Longoria y Canella, depositando una corona ante la lápida conmemorativa entre los aplausos ruidosos de la concurrencia.

El pueblo está muy indignado, y culpa de lo ocurrido á la benevolencia del gobierno, en lo cual tiene muchísima razón.

Nuestro querido colega *La Unión Republicana* publicó un número extraordinario, insertando el parte oficial de Octubre de 1836, firmado por Ramón Pardiñas, coronel del provincial de Pontevedra, que, con los nacionales ovetenses, defendió la población.

Hasta aquí los hechos.

Liberales de todas las poblaciones de España: á ponernos sin tardar en estado de legítima defensa, y á machacar á los carlistas donde quiera que traten de sacar la cabeza. Y caigan sobre el gobierno las consecuencias de lo que ocurra.

Sepamos de una vez á qué atenernos, y si es cierto que desde las alturas del poder se les favorece indirectamente, para tomar nosotros con tiempo las medidas que la defensa de la libertad, la vida de la nación y nuestra honra sobre todo, exigen de consuno.

COSILLAS

Los carcas de Morella se han envalentonado mucho con la subida de los liberales al poder; hay ya algunos que señalan públicamente á los ciudadanos que han de suprimirles la cabeza cuanto el *Chapa* lance al aire el primer rebuzno bélico.

En el casino tradicionalista se reclutan ya asesinos, ladrones é incendiarios, bajo el modesto nombre de carlistas, sin que las autoridades tomen cartas en el asunto.

Como Sagasta en sus mocedades anduvo en tratos con don Carlos, sus partidarios creen sin duda que pueden contar ahora con impunidad absoluta.

Además, como ven que se habla con el mayor cinismo de compras de fusiles en Bélgica, que se introducen por la frontera de Huesca, y leen las procacidades y amenazas de los periódicos de su comunión, y ven que el gobierno permanece tan fresco, ¿cómo extrañar que no se recaten ya de nadie?

En el palacio arzobispal de Zaragoza han carlisteado 2.000 duros en plata, teniendo los ladrones la desgracia de no apoderarse de 6.000 que estaban dentro de un armario que abrieron. El carlisteo se cometió de noche, y los cacos entraron por el tejado.

Es decir, que tenía (que se sepa) el pobre arzobispo 8.000 duros en su palacio, amen de otros mil en calderilla que respetaron los carlistas por no cargar con tanto peso. ¡Sin pobres trabajadores que se acostarían aquella noche sin cenar en Zaragoza!

Con tan plausible motivo entono un cántico de alabanza á la religión católica, la del pobre y el desvalido, según malas lenguas.

Don Carlos habla de devolver la honra á los españoles.

Para él la quisiera el muy pelgar.

Dice también que tiene la mirada fija en los Estados Unidos para exterminarlos como se atrevan á atropellar la bandera española.

¡El farsante! ¿Qué se le dará á él de una bandera que mancha sólo con tomar su nombre en boca?

¡Lo que se reirán los yankees al leer la cómica amenaza del héroe de Oroquieta, del borrachín que conocieron por allá regalando la sortija nupcial á una señora de la índole de las que él ha tratado siempre, por no tener dinero para recompensarle sus alquilados favores!

Hay que convenir en que si es un cobarde jactancioso, es todavía más ridículo que cobarde.

Leo que en las provincias de Castellón y Tarragona los liberales de la situación se están concertando para luchar unidos en las primeras elecciones de diputados á Cortes.

Todo el que se diga liberal, en más ó menos grado, y se alíe hoy con los carlistas para nada, es un traidor y un miserable.

Que tomen nota de su nombre en las respectivas localidades para arrastrarlos el día que sus aliados en *Chapa* cometan la barrabasa en proyeto.

El asilo de huérfanos de Avelino (Italia),

acaba de ser cerrado y llevadas á los tribunales las religiosas que lo dirigían.

Esta medida, dice *Il Secolo*, se debe á que se ha demostrado por la estadística, que de 400 huérfanos admitidos en los cuatro años últimos, han fallecido 350. La cifra es aterradora, máxime no mediando ninguna epidemia ni enfermedad contagiosa; la falta de alimentos y de cuidados son, pues, la causa única de esa terrible mortandad.

¿Qué le importa al pescador el cebo después que ha cogido el pez? Y como los niños son el cebo para esa clase de tías, atrapado el dinero, que es su pez, ¿qué se les importa de los niños?

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El cura de Ferrara (Italia) ha sido denunciado por segunda vez ante los Tribunales por el delito de adulterio.

Si yo fuera su juez, lo absolvería.

¡Hacer voto de castidad, y recibir en el confesionario impúdicas confidencias!

Me pongo en su caso, y me digo;

¡Sin veces que hubiera yo salido en las Flores místicas que hubiera hecho otro moralizador del clero!

Un cura en Vinaixa predicó contra los periódicos liberales y los que los leen, llamándoles criminales.

Después la emprendió con las mujeres, á las que hace responsables de todos los males que aligen á España, y acabó amenazando con no sabemos qué cataclismos.

Lo reconozco. Ese se echará al campo con boina y trabuco, si antes una piadosa enfermedad no se lo lleva por la posta.

Hazañas perpetradas en poco tiempo por el cura Matías, en San Martín de Quiroga.

Abofeteó á todo un soldado de caballería; tiró á la calle la silla que una devota tenía en la iglesia, en venganza del escándalo que ella le había armado por pegar á un hijo suyo; dió de coces á un muchacho que se atrevió á coger unos higos en la propiedad de un amigo suyo...

Otro que ya debe tener la canana provista de cartuchos.

El pueblo de Castillo de las Guardas tiene cura y no puede vivir.

Se explica. El cura, ya lo dijo uno de nuestros clásicos, es una enfermedad.

En San Olente de Eutines (Coruña), un romero ojaló la tripa á otro.

Cosas de ellos.

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

La semana próxima se pondrán á la venta los siguientes folletos:

Folleto 22.

ZUMALACARREGUI ASESINO.—UN DIGNO ÉMULO SUYO.—DEGUELLO DE PRISIONEROS EN CAMARASA.—UN JEFE CARLISTA HORRORIZADO.—28 LIBERALES ASESINADOS EN ZURITA.—ROBOS ENTRE ELLOS.—DOS CURAS Á CUAL PEOR.—HORRIBLES MARTIRIOS DE LOS PRISIONEROS DE LA ACCIÓN DE HERRERA.—LO COMICO EN LO CRUEL.—ARISTOCRACIA CARLISTA.—GENTES DE LEVA.

Folleto 23

LA TRADICIÓN CARLISTA.—TÁCTICA DEL ABSOLUTISMO.—EL PIADOSO DON CARLOS.—BANDIDOS PIADOSOS.—VILLANÍA CARLISTA.—NOBLEZA LIBERAL.—VARIOS CRIMENES.—UN VÁNDALO DEL SIGLO XIX.—INCENDIARIOS.—ENTRE ELLOS.—COBARDES Y TRAIADORES.—OPINIÓN AUTORIZADA.—AÚPTOSIA DEL CARLISMO POR LOS MISMOS CARLISTAS.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.